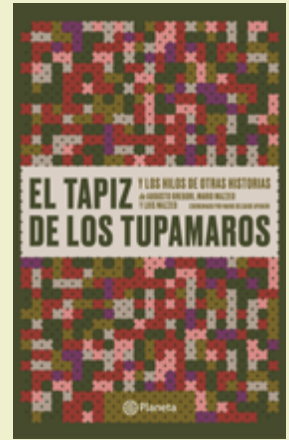


## *El tapiz de los tupamaros*

Alfredo Alzugarat



Durante la larga dictadura cívico-militar, el Penal de Libertad (Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1) fue uno de los sitios más emblemáticos de la represión y la violación a los derechos humanos en el Uruguay. Casi tres mil personas pasaron por sus celdas y barracas desde setiembre de 1972 a marzo de 1985. La prisión prolongada en pro de la destrucción psíquica y la despersonalización del individuo, el encierro durante veintitrés horas al día, el aislamiento, la incomunicación fueron los elementos más relevantes de su rutina.

En ese contexto, responder a la adversidad constante con creatividad constante fue una necesidad de sobrevivencia. La resiliencia tuvo como eje central el ingenio y la voluntad de vivir, de llegar a ver un mañana distinto. Los campos de acción de esa resiliencia fueron numerosos y diversos. El arte, en su concepto más amplio, la lectura y la escritura importaron como en pocas otras ocasiones. Canalizaron los sentimientos más hondos, fueron vehículos de afirmación personal, de demostrar que se estaba vivo, que se podía hacer algo positivo, que se era alguien. Permitieron infinitas fugas imaginarias y también novedosas formas de comunicación y de registro de las circunstancias.

En el segundo piso del Penal se hallaban encerrados aquellos que la llamada justicia militar consideraba más peligrosos, ya sea por sus acciones o por su capacidad ideológica: unos ciento cincuenta presos sometidos al más estricto rigor en el más temible círculo del infierno. Allí, donde el encierro y la persecución fueron mayores, la obligación de creatividad también lo fue. En esas circunstancias, la necesidad de expresarse a través de la palabra escrita adquirió un relieve fundamental, que tuvo importantes consecuencias con el correr del tiempo. Muchos de los que participaron de esta práctica no escribieron solo para superar el momento, escribieron para siempre. En esas celdas se forjaron verdaderos escritores. Carlos Liscano, en la soledad absoluta de una sala de disciplina, concibió *La mansión del tirano* (1992) y empezó a ver el mundo a través de la literatura. Marcelo Estefanell, de tanto leer el *Quijote*, terminó insertando su escritura dentro de la obra de Cervantes, y muchos años después dejó su testimonio de vida en *El hombre numerado* (2007). Hijo de padre poeta, Daymán Cabrera también incursionó en el género. Elbio Ferrario escribió utopías para niños y esbozó sus primeras obras de teatro. David Cámpora, cuando logró volver a la libertad, en el exilio europeo, dio lugar (en colaboración con el periodista Ernesto González Bermejo) a un clásico del género testimonial, *Las manos en el fuego* (1985), inaugurando una senda literaria que llega hasta estos días. Uno de los que la continuó fue Samuel Blixen, desde siempre vinculado a la actividad periodística. A otros hubo que esperarlos por décadas. Recién en estos últimos años, Ángel González publicó memorias de su pasaje por la cárcel de Punta Carretas; Hugo Leytón Núñez dio a conocer, en *Rendijas de sol* (2019), una vocación poética que prolonga desde aquellos lejanos años, y Eduardo Bonomi publicó su primera novela, *Código 79* (2020).

Se cuajaron también allí, en ese segundo piso, asombrosos fenómenos colindantes con la literatura que desde hace muy poco conocemos y que son dignos de la mayor atención. Jorge Tiscornia participó junto con Walter Phillipps-Treby en un libro de consulta imprescindible, *Vivir en libertad* (2003), y publicó sus relatos carcelarios recién en 2014 en *Nunca en domingo*. Pero su mayor proeza había sido en 2012 con la edición facsímil de *El almanaque*, el criptograma que durante 4646 días transportara camuflado en sus zuecos de madera y con el que registrara los principales eventos, colectivos y personales, vividos en ese tiempo. *El almanaque*, ese conjunto de fichas con símbolos que solo el autor, dificultosamente, pudo reinterpretar décadas después de haber salido en libertad, mereció ser incorporado por la Unesco al Registro Regional Memoria del Mundo. Su increíble historia dio paso a un filme documental homónimo que dirigiera otro ex-presos político, José Pedro Charlo.

Pero todavía faltaba algo más. La lectura de una novela de Charles Dickens, *Historia en dos ciudades*, inspiró, hacia 1980, en ese piso del Penal de Libertad, la confección entre varios de un tapiz en punto cruz que cifraba un documento de balance y autocrítica del movimiento tupamaro. Otro criptograma, aún más complejo que el de Tiscornia, que nació unido a la participación de las mujeres «calceteras», autoras de calcetas con mensajes clandestinos considerados clave en los avatares de la Revolución francesa. El detalle de la elaboración y su envío al exterior de la cárcel es ahora el punto de partida de un conjunto de textos coordinado por Mario Delgado Aparain bajo el título de *El tapiz de los tupamaros*. La anécdota de cómo se ideó y confeccionó el tejido se convierte en metáfora de la compleja urdimbre del libro, que alterna de manera irregular tres voces testimoniales (Augusto Grégori y los hermanos Mario y Luis Mazzeo), y recorre sesenta años de historia reciente, desde los orígenes del MLN-Tupamaros hasta el período presidencial de José Mujica. El itinerario de vida de Grégori — que pasa por dos centros carcelarios y una militancia que se extiende desde su presencia en los comienzos de la organización hasta sus cargos públicos en el Ministerio de Defensa durante los dos primeros Gobiernos del Frente Amplio — es el hilo conductor de un discurso que procura sustentarse en las ideas originales del movimiento guerrillero y en la experiencia y visión crítica de sus autores.

Apoyado en pruebas documentales, hay en esta nueva obra testimonial un atento repaso, tanto de las intenciones como de los acontecimientos, que inserta al libro en una guerra de relatos e interpretaciones que, si bien se remonta a los tiempos de la presidencia de Jorge Pacheco Areco, ha recrudecido en la actualidad, desde el surgimiento de la Comisión para la Paz en adelante, hasta parecer interminable.

La búsqueda de la verdad es el centro de interés tanto de este libro como de aquel tapiz. «Queremos restringir el territorio de lo falso, de lo tergiversado, responder a esa estrategia de decir cualquier cosa para lograr ciertos efectos», se afirma en el epílogo. En esa búsqueda, por una maravillosa combinación de circunstancias, se liga, de manera fértil, una obra que Dickens publicara en entregas semanales hacia 1859, setenta años después de los acontecimientos que se cuentan en ella; una lectura atenta de esta, realizada hacia 1980 en condiciones extremas; un tapiz minuciosamente urdido en la cárcel y un libro de testimonios publicado en 2020. Resiliencia, creatividad constante ante las peores situaciones, tenacidad y memoria, afortunadamente dejan sus ecos a través del tiempo para ejemplo de futuras generaciones.

Mario Delgado Aparain (Coord.). *El tapiz de los tupamaros y los hilos de otras historias*. (2020). Montevideo: Planeta. 389 páginas.